

CHARLES CAMPROUX, *Las lenguas románicas*. Traducción de Demiá de Bas, Barcelona, Oikos-Tau Ediciones, 1980; 121 pp.

Este pequeño volumen tiene las características de la serie a que pertenece: concisión y precisión. De todos es conocida la excelencia de los libros que forman la colección *¿Qué sé?* francesa, dirigidos al público culto, pero no especialista. Su éxito se debe precisamente a la selección de los temas y al lenguaje claro que utilizan los autores. De esta forma, el lector —neófito muchas veces en la disciplina o tema tratados— se entera de los aspectos principales de la cultura humana.

El estudio de las lenguas románicas, Camproux lo divide en cuatro apartados: el desarrollo histórico de los estudios románicos, el origen de las lenguas románicas, su estructura y la expansión geográfica de ellas.

Como era de esperarse, por el público al que va dirigida la obra, el autor concede mayor espacio a los aspectos externos —historia, geografía, historia lingüística— y sólo unas cuantas páginas (97-111) a los fenómenos internos o estructurales: sonidos, construcciones y palabras. Esto permite leer el volumen con bastante interés, pues evita así los obstáculos técnicos y especializados que sólo al erudito y al especialista interesan.

A cada paso pueden reconocerse las fuentes clásicas en este terreno: Meyer-Lübke, Pop, Tagliavini, Wartburg, Bec, etc. Curiosamente, quizá por falta de tiempo, los editores no pusieron al día la bibliografía, ni tomaron en cuenta las traducciones que existen al español de los manuales consagrados para el estudio de las lenguas románicas¹. ¿Cómo omitir el manual de *Lingüística románica* de Heinrich Lausberg, traducido por J. Pérez Riesco y E. Pascual Rodríguez, para la Editorial Gredos, o el

¹ Es obvio que quien desee saber más sobre el tema irá a buscar en la bibliografía y nada podrá encontrar ahí si no habla francés. Inexplicablemente también, no se traducen los títulos de las obras, ni siquiera al pie de página; de manera que el lector que no sepa alemán, francés e italiano, por lo menos, tendrá que contentarse con saltar en la lectura tales segmentos ininteligibles. Traducir es verter a otra lengua una obra completa, y no segmentos de ella. Si es un libro de difusión, no hay lugar para tales remilgos.

Origen de las lenguas neolatinas de Carlo Tagliavini, traducido por Juan Almela, para el Fondo de Cultura Económica? En general, la distribución de los temas en el libro es bastante armónica y la información muy bien seleccionada. Sin embargo hay algunos aspectos mejor tratados que otros. Por ejemplo, el capítulo dedicado al desarrollo de los estudios románicos es un tanto incompleto. Al leer el apartado "La prehistoria de la lingüística románica", el lector se queda con la impresión de que sólo Francia, en mayor medida, e Italia después, contribuyeron al desarrollo de los estudios lingüísticos de la época renacentista. Esto no creo que concuerde con la realidad. Por ejemplo, se habla de las primeras gramáticas de las lenguas romances, pero no se cita la primera de ellas: la *Gramática castellana* de Elio Antonio de Nebrija (1492). Se afirma que a fines del siglo xvi se "descubrió" el origen latino de las lenguas romances, y se ignora que el mismo Nebrija, en la obra citada, declara que el castellano y las otras lenguas romances descienden del latín: "Demostraremos que no es otra cosa la lengua castellana sino latín corrompido". Se habla de la obra lexicológica y lexicográfica de Gilles Ménage (1650), pero se ignora el *Dictionarium* de Calepino y el *Tesoro de la lengua castellana*, de Sebastián de Covarrubias, que es 40 años más antiguo (1611). A la vez, no se entiende con claridad qué quiere decir el autor cuando afirma que el "*Diccionario de la lengua castellana* (Autoridades) todavía obedece esencialmente a una *preocupación retórica*" (subrayado mío; p. 29). ¿Cuál podrá ser la preocupación retórica de una investigación que "realiza la proeza de inventariar, definir y autorizar con textos escritos la masa fundamental del vocabulario español", como ha dicho Fernando Lázaro Carreter? ("El primer diccionario de la Academia", en *Estudios lingüísticos*, Madrid, 1980, p. 83).

En general, en ese capítulo no queda muy claro si el autor se propone presentar el "Desarrollo de los estudios románicos" o el desarrollo de la investigación lingüística en Europa y después en América, pues en el primer caso no se explica qué tienen que hacer, en tan escasas páginas de que dispone, párrafos dedicados a Hjelmslev, Bloomfield y Sapir —por citar sólo algunos— cuyas preocupaciones científicas estaban más allá del romanismo. Por lo demás, la sospecha de esa confusión parece confirmarse en la "*conclusión*" (p. 45), que se antoja un tanto arbitraria; pues afirmar que "con toda probabilidad, a la im-

portancia de la lingüística románica le debemos la actitud que actualmente tiende a predominar entre los lingüistas: esforzarse por hacer que sean compatibles la sistematización y el respeto de los hechos" es poco menos que indemostrable, pues eso depende de los postulados científicos que se posean y del punto de vista que se adopte en la investigación. La gramática generativa transformacional, una de las corrientes más poderosas, no cabría desde luego en ese apartado.

Pero en fin, todos éstos son detalles de información y organización que no disminuyen el mérito del conjunto. Es posible que muchos de ellos hayan sido considerados secundarios, dada la escasa extensión de la obra.

Por otra parte, sorprende la capacidad de síntesis que exhibe el autor. Con éxito logra salir del inmenso laberinto de información erudita que envuelve el campo de los estudios románicos; baste pensar, por ejemplo, en las casi 800 páginas que tiene la traducción del manual de Tagliavini. La selección de los datos que aparecen en el volumen es correcta, porque permite al lector formarse la idea fundamental del problema, las soluciones que se le han dado y el estado actual de dichos estudios. No hay duda: es un libro de divulgación bien hecho.

ANTONIO ALCALÁ ALBA

Centro de Lingüística Hispánica,
Facultad de Filosofía y Letras.

JOSÉ MORENO DE ALBA, *Unidad y variedad del español en América*. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. Contestación de Rubén Bonifaz Nuño. México, UNAM, 1978; 50 + 11 pp.

Uno de los más antiguos miembros de este joven Centro de Lingüística Hispánica fue nombrado académico de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Sin duda, la clara vocación pedagógica de José G. Moreno de Alba y su dedicación a la investigación lingüística fueron razones poderosas que movieron a los miembros de esa institución para elegirlo. Profesor de Español Superior y de El Español de América durante muchos años, investigador que ha participado en la elaboración del *Atlas Lingüístico de México* y colaborador del proyecto